

MAQUIAVELO Y EL CRECIMIENTO COMO FIN (TELOS) DEL ESTADO

Machiavelli and growth as an end in itself (telos) for the State

William J. Connell*

Seton Hall University

RESUMEN

Hay una tradición de estudios que pretende resolver problemas fundamentales de la interpretación del pensamiento de Maquiavelo a través del estudio del contexto (histórico y lingüístico) de su obra, con particular atención al uso maquiaveliano de «palabras clave» tales como *stato* y *virtù*. Sin embargo, a menudo se olvida que el florentino se alejó, intencionadamente, del significado y uso que sus contemporáneos dieron a términos tan importantes. Dado que Maquiavelo intentó escapar de los lectores contextuales pertenecientes a «su contexto», resulta necesario tomar la precaución de no aplanar su significado. Un examen del uso que Maquiavelo hace del término *stato*, combinado con palabras que denotan adquisición y conquista, muestra que fue él quien introdujo la moderna noción no ya de un estado centralizado, sino de un estado cuyo fin o *telos* consiste en un crecimiento desatado, más que en la virtud o la salvación de sus ciudadanos.

Palabras clave: crecimiento; estado; imperio; contexto.

ABSTRACT

There is a tradition of attempting to solve outstanding problems in the interpretation of Machiavelli by studying the context (historical and linguistic) of his works, with a particular focus on Machiavelli's use of such «keywords» as *stato* and *virtù*. What is often neglected is the extent to which Machiavelli intentionally diverged from the meaning and usage of his contemporaries precisely when it came to using such important terms. Since Machiavelli was trying to break free of his «context» contextual readings need to take care not to flatten his meaning. An examination of Machiavelli's use of *stato* in combination with words denoting acquisition and

* Agradezco al profesor Mario Prades Vilar y a Eduardo F. Gutiérrez su colaboración en la traducción y revisión de este artículo.

conquest shows that it was Machiavelli who introduced the modern notion not of a centralized state, but of a state whose «end» or *telos* consists in unbounded growth, rather than the virtue or salvation of its citizens.

Key words: growth; state; empire; context.

Uno de los objetivos más importantes y más reconocidos de los estudios sobre el Renacimiento en las últimas décadas ha sido la reconstrucción del contexto histórico de los escritos de Nicolás Maquiavelo. Muchos especialistas han realizado un llamamiento a favor de un Maquiavelo «contextualizado»: algunos reaccionando en contra de las lecturas idealizadas del pasado, y otros en un esfuerzo honesto por resolver las interpretaciones ampliamente dispares que se han avanzado con respecto a un grupo de textos relativamente pequeño y bien definido. Entender las ideas de Maquiavelo situándolas «en su contexto» ha sido uno de los objetivos más perseguidos por los miembros de la conocida como «Escuela de Cambridge» en la historiografía del pensamiento político, aunque estos estudiosos no han estado solos al indagar sobre el ambiente intelectual y político del florentino para responder a lo que Félix Gilbert llamaba «la cuestión de Maquiavelo» (1). Frente a la falta de consenso sobre el Secretario —algunos estudiosos todavía lo ven como consejero de tiranos, mientras que otros lo ven como abogado de un republicanismo aristotélico moderado— resulta más que razonable acudir a las ideas y los eventos de su tiempo en busca de ayuda para comprender, no solamente el significado de frases y pasajes importantes, sino también la intención general de este autor.

De hecho, apelar al contexto no es algo realmente novedoso en los estudios sobre Maquiavelo, e investigaciones anteriores ya habían llamado la atención sobre ello. Usualmente, la mayoría de historiadores que estudiaban a Maquiavelo pertenecían a uno de dos grupos, cada uno de los cuales enfatizaba un «contexto» maquiaveliano específico para el desarrollo de sus interpretaciones. Así, Meinecke, Chabod y otros prefirieron estudiar a Maquiavelo desde el punto de vista de la diplomacia internacional de inicios del siglo XVI (2). Estos historiadores enfatizaron las políticas de poder, el realismo en

(1) Ver la colección *Meaning&Context: Quentin Skinner and his Critics*, ed. James Tully (Princeton, 1988), esp. pp. 29-67 (SKINNER), 194-203 (NATHAN TARCOV), 218-228 (CHARLES TAYLOR), y 246-273 (el núcleo de la respuesta de Skinner).

(2) FRIEDRICH MEINECKE, *Die Idee der Staatsraison in der neueren Geschichte* (Munich y Berlín, 1924); EUGENIO DUPRÉ THESEIDER, *Niccolò Machiavelli diplomatico, I, L'arte della diplomazia nel Quattrocento* (Como, 1945), esp. pp. 197-204, sobre las *relazioni* venecianas; FEDERICO CHABOD, *Scritti su Machiavelli* (Turin, 1964); SERGIO BERTELLI, «Machiavelli e la politica estera fiorentina», en *Studies on Machiavelli*, ed. Myron P. Gilmore (Florence, 1972), pp. 31-72.

la escritura histórica y política y la transformación de las monarquías nacionales europeas en estados modernos. Los textos que privilegiaron fueron *El Príncipe* y los despachos de Francia, Alemania y la corte papal. Un segundo grupo de especialistas prefirió interpretar a Maquiavelo en el contexto de las políticas republicanas de Florencia y su relación con la tradición de pensamiento clásico republicano. Estudiosos como Hans Baron, J. G. A. Pocock y (más recientemente) Quentin Skinner y John Najemy tendieron a ver el republicanismo de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* como un indicador de las creencias políticas genuinas de Maquiavelo, y trataron *El Príncipe* como una especie de excepción dentro de su obra (3).

Algunos de ellos argumentaron que las diferencias aparentes entre lo que se podrían llamar las aproximaciones «internacionalista» y «republicana» a Maquiavelo tienen su raíz en cambios sustantivos en las ideas políticas propias del escritor florentino, cambios que habrían ocurrido en el periodo entre la culminación del *Príncipe* y la de los *Discursos* (4). Sin embargo, estudiosos del estilo y la imaginería de Maquiavelo y, aún más importante, de su antropología y su ética, han confirmado una y otra vez una fundamental consistencia en la perspectiva general de las obras principales del secretario florentino (5). No obstante, como Félix Gilbert ha demostrado, las dos aproximaciones pueden ser susceptibles de síntesis con la condición de que

(3) HANS BARON, «Machiavelli: The Republican Citizen and Author of *The Prince*» (1961), en su *In Search of Florentine Civic Humanism* (Princeton, 1988), II:101-151; J. G. A. POCK, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton, 1975); QUENTIN SKINNER, *Machiavelli* (Nueva York, 1981); idem, en *Machiavelli and Republicanism*, ed. Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (Cambridge, 1990), pp. 121-141, 293-309; JOHN M. NAJEMY, *Between Friends: Discourses of Power and Desire in the Machiavelli-Vettori Letters of 1513-1515* (Princeton, 1993). Ver también: WILLIAM J. CONNELL, «The Republican Idea», en James Hankins, ed., *Renaissance Civic Humanism: Reappraisals and Reflections* (Cambridge, 2000), pp. 14-29.

(4) El argumento a favor de una fuerte distinción entre *El Príncipe* y los *Discursos* basada en sus intenciones, contenidos y fechas de composición fue expuesto por J. H. HEXTER, «Seysssel, Machiavelli and Polybius VI: The Mystery of the Missing Translation», *Studies in the Renaissance*, 3 (1956), pp. 75-96; y BARON, «Machiavelli: The Republican Citizen». Comparar con los comentarios de FELIX GILBERT, «Machiavelli in Modern Historical Scholarship», *Italian Quarterly*, 14 (1971), p. 25, n. 20. Respecto a la tendencia, ya tradicional, de encontrar «dicotomías» en la obra de Maquiavelo, ver DANTE DELLA TERZA, «The Most Recent Image of Machiavelli: The Contribution of the Linguist and the Literary Historian», *Italian Quarterly*, 14 (1971), pp. 91-113.

(5) Para la afirmación más contundente a favor de la coherencia del pensamiento de Maquiavelo, ver GENNARO SASSO, *Niccolò Machiavelli. Storia del suo pensiero politico*, 2 vols. (Boloña, 1980-93); MARK HULLIUNG, *Citizen Machiavelli* (Princeton, 1983); SEBASTIAN DE GRAZIA, *Machiavelli In Hell* (Princeton, 1989); HANNA FENICHEL PITKIN, *Fortune is a Woman: Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli* (Berkeley y Los Ángeles, 1984); y VICTORIA KAHN, *Machiavellian Rhetoric: From the Counter-reformation*

el método del historiador comprenda tanto la manera en que los ciudadanos de la República de Florencia veían al mundo exterior como el modo en que éste los percibía a ellos (6).

En otro esfuerzo por acortar las distancias entre las lecturas «internacionalista» y «republicana» de Maquiavelo, unos cuantos estudiosos han indicado recientemente otro contexto para la investigación maquiaveliana: el estado territorial en la Toscana que fue administrado por Florencia entre los siglos XIV y XV (7). La propuesta parecería sensata, pues fue dentro de los «dominios» florentinos —el territorio que estaba entre las murallas de la ciudad y los límites políticos externos de la República— donde Maquiavelo realizó su aprendizaje en el arte de gobernar. Desde su posición como Segundo Canciller supervisó la correspondencia con los oficiales florentinos dentro de los dominios; como Secretario de los Diez de la Libertad y la Paz, ayudó a gestionar la defensa del territorio florentino; y como Canciller de los Nueve de la Milicia, Maquiavelo organizó y entrenó tropas dentro de los dominios. Además, los escritos de Maquiavelo como oficial de la cancillería revelan una atención especial a las mecánicas del gobierno territorial (8). Pero lo que quizás es más sorprendente es que, en contraste con su experiencia diplomática, donde la influencia en escritos posteriores ha sido frecuentemente demostrada, hay una disyunción entre el trabajo de Maquiavelo en la administración territorial florentina y las discusiones posteriores en *El Príncipe* y en los *Discursos*.

A pesar de las muchas reivindicaciones realizadas respecto a Maquiavelo y el desarrollo del concepto de Estado moderno, hay un decidido pri-

to Milton (Princeton, 1994), pp. 15-59. Todos ellos argumentan (cada uno de manera original) la existencia de un pensamiento unitario en Maquiavelo.

(6) Ver especialmente: FELIX GILBERT, «Florentine Political Assumptions in the Period of Savonarola and Soderini», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 20 (1957), pp. 187-214; e Id., *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*, ed. rev. (Nueva York: Norton, 1984). Para una perspectiva sobre las cambiantes percepciones mutuas entre la república italiana y el mundo exterior, ver WILLIAM J. BOUWSMA, *Venice and the Defense of Republican Liberty: Renaissance Values in the Age of the Counter Reformation* (Berkeley y Los Ángeles, 1968), esp. pp. 162-231, 417-482.

(7) ELENA FASANO GUARINI, «Machiavelli and the Crisis of the Italian Republics», en *Machiavelli and Republicanism*, pp. 17-40; GIOVANNI SILVANO, «Dal centro alla periferia. Niccolò Machiavelli tra stato cittadino e stato territoriale», *Archivio storico italiano*, 150 (1992), pp. 1105-1141.

(8) FREDI CHIAPPELLI, «Machiavelli as Secretary», *Italian Quarterly*, 14 (1971), pp. 27-44, sugirió que el pensamiento de Maquiavelo podría ser descubierto *in nuce* en estos escritos, pero el Maquiavelo resultante es uno despojado de muchas de sus características esenciales. JEAN-JACQUES MARCHAND, *Niccolò Machiavelli. I primi scritti politici (1499-1512). Nascita di un pensiero e di uno stile* (Padua, 1975), en un estudio ejemplar, extrajo cuanto es posible de esos primeros escritos, pero encontró en ellos más «stile» que «pensiero».

mitivismo en su tratamiento de la administración efectiva de los estados por parte de los gobiernos. Ciertamente, Maquiavelo no era un weberiano; uno encuentra en su escritura escaso reconocimiento del crecimiento de la burocracia, la revolución legal de la Edad Media tardía o el surgimiento de una economía capitalista. El área de gobierno que trató más extensamente fue la militar, y en ella Maquiavelo se mostró tanto irracionalmente idealista como técnicamente anticuado (9).

Especialmente significativo es el silencio casi absoluto de Maquiavelo sobre las dos áreas de la construcción del Estado renacentista en Florencia que más han sido estudiadas por los historiadores modernos: la cancillería y el sistema fiscal (10). La cancillería fue el área administrativa que Maquiavelo conoció mejor y, sin embargo, raramente se refiere a ella en *El Príncipe* y la *Historia de Florencia*, y ni una sola vez en los *Discursos*; su estructura administrativa —tan frecuentemente estudiada por historiadores recientes— le importó más bien poco. El enigmático capítulo 22 del *Príncipe*, titulado «De los secretarios de los príncipes» (11), es en realidad una manera de hacerse publicidad; mientras que el pasaje, en la *Historia de Florencia* (IV.11), a propósito de dos funcionarios de la cancillería y las facciones florentinas, constituye un reflejo de las dificultades profesionales con que se encontraba el mismo Maquiavelo. En el proemio a la *Historia de Florencia*, dos cancilleres, Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini, son recordados como «historiadores», pero no hay en dicha obra ni una sola mención de su servicio al gobierno florentino (12). La única persona definida como «canciller» en la *Historia* es Cola de Rienzo, una figura que Maquiavelo posiblemente admiró. Sin embargo, Cola abandonó dicho empeño en 1347, cuando tomó el poder en

(9) PIERO PIERI, *Il rinascimento e la crisi militare italiana* (Turín, 1952). FELIX GILBERT, «Machiavelli: The Renaissance Art of War», en *The Makers of Modern Strategy*, 3.ª ed., ed. Peter Paret (Princeton, 1984), pp. 11-31, es sólo ligeramente más comprensivo con Maquiavelo.

(10) Sobre el sistema fiscal florentino en relación a la construcción del Estado, ver ANTHONY MOLHO, «L'amministrazione del debito pubblico a Firenze nel quindicesimo secolo», en *I ceti dirigenti nella Toscana del Quattrocento* (Monte Oriolo: Papafava, 1987), pp. 191-207; Id., «Lo Stato e la finanza pubblica. Un'ipotesi basata sulla storia tardomedioevale di Firenze», en *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, eds. Giorgio Chittolini, Anthony Molho y Pierangelo Schiera (Boloña, 1994), pp. 225-80. Sobre la cancillería, cfr. especialmente ALISON BROWN, *Bartolomeo Scala, 1430-1497, Chancellor of Florence: The Humanist as Bureaucrat* (Princeton, 1979), pp. 161-192; y ROBERT BLACK, «The Political Thought of the Florentine Chancellors», *Historical Journal*, 29 (1986), pp. 991-1003.

(11) *De his quos a secretis principes habent*.

(12) *Istorie fiorentine*, Proemio, en NICOLÁS MAQUIAVELO, *Tutte le opere*, ed. Martelli (Milán, 1993), p. 632 (citada de ahora en adelante como *Istorie*).

Roma y se declaró a sí mismo Tribuno (13). Maquiavelo muestra una similar falta de interés en asuntos fiscales. El argumento, presente en los *Discursos* y en *Del arte de la guerra*, contra la opinión común de que «el dinero es el nervio de la guerra», subraya su punto de vista, sostenido consistentemente, según el cual el poderío fiscal es un factor secundario en el gobierno de los estados (14). El sistema fiscal de un Estado podría reflejar la «industria» de sus ciudadanos (15), pero la sola riqueza no podría ser suficiente para permitirle encontrar buenos soldados en caso de que se necesitaran. En la *Historia de Florencia* Maquiavelo discute la imposición del *catasto* de 1427, principalmente, en términos de la lucha política entre los *grandi* y el *popolo* (16). Pasa, así, por alto el formidable rol centralizador del *catasto* al analizar su imposición sobre el dominio florentino; y parece haber visto con simpatía la resistencia que ofrecieron a éste los volterranos (17). Al abordar la situación de Francia, Maquiavelo sugirió que la ausencia de uniformidad fiscal ayudó a mantener dicho reino unificado (18).

Claramente, el Secretario encontró pocas cosas dignas de imitarse en la administración florentina. Y aún así, alguna vez se supuso que Maquiavelo fue un defensor de los procesos que transformaron Florencia en un temprano estado territorial moderno. Uno de los primeros exponentes de esta idea fue Francesco Ercole, quien escribió en 1926 que Maquiavelo reconoció «la irresistible tendencia de la ciudad-Estado (...) a transformarse, de un modo u otro, en Estado unitario y territorial» (19). Pero los adjetivos «unitario» y

(13) Hay que notar la asimilación que se da cuando Maquiavelo, *Istorie*, I.31, p. 653, lo llama «Niccolò di Lorenzo, cancelliere in Campidoglio», usando la forma toscana del nombre cristiano de Cola. Maquiavelo preservó la forma dialectal, «Cola», para otra figura histórica, «Cola Montano», en *Istorie*, VII.33, p. 814.

(14) NICOLÁS MAQUIAVELO, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, II.10, en *Tutte le opere*, ed. Martelli (citado en adelante como *Discorsi*), p. 159; Id., *Arte della guerra*, VII, en *Tutte le opere*, p. 386.

(15) *Istorie*, Proemio, p. 633, refiriéndose a la guerra entre Florencia y Filippo Maria Visconti.

(16) *Istorie*, IV.14, pp. 722-3.

(17) *Ibid.*, IV.15-17, pp. 723-5.

(18) *Il Principe*, en NICOLÁS MAQUIAVELO, *Tutte le opere*, ed. Martelli (citada de ahora en adelante como *Principe*), III, p. 259.

(19) «La irresistibile tendenza dello Stato-città (...) a trasformarsi, in un modo o nell'altro, in Stato unitario e territoriale», FRANCESCO ERCOLE, *La politica di Machiavelli* (Roma, 1926), pp. 106-107. Para puntos de vista similares sobre Maquiavelo y el estado moderno, ver: ALFRED SCHMIDT, *Niccolò Machiavelli und die allgemeine Staatslehre der Gegenwart* (Karlsruhe, 1907); LEONHARD VON MURALT, *Machiavellis Staatsgedanke* (Basilea, 1945); JAMES BURNHAM, *The Machiavellians: Defenders of Freedom* (Chicago, 1963), p. 35; y HERFRIED MÜNKLER, *Machiavelli. Die Begründung des politischen Denkens der Neuzeit aus der Krise der Republik Florenz* (Frankfurt a. M., 1984), pp. 329-337.

«territorial», tal como los utiliza Ercole, resultan bastante engañosos. De hecho, una de las razones por las que Maquiavelo sobresalió de entre los escritores políticos de su tiempo fue por haber rechazado estas concepciones convencionales, legales e institucionales del Estado territorial. Como veremos más adelante, Maquiavelo se caracterizó por ser un constante defensor de un modo de gobierno bastante distinto. A lo largo de sus escritos, el florentino argumentó en contra del Estado territorial y a favor del imperio republicano expansionista. Deseando ser libre de los errores del presente, Maquiavelo se estaba revelando en contra de su propio «contexto» (20).

La formulación más cuidadosa de las posturas de Maquiavelo acerca de la expansión territorial se puede encontrar en el Libro I, capítulo 6, de los *Discursos*. Aquí, en un pasaje que algunas veces ha sido malinterpretado, Maquiavelo examina las diferencias que distinguen una república basada en el pueblo, como Roma, de repúblicas estrictamente aristocráticas, como Venecia y Esparta. Los dos tipos de repúblicas sitúan al que va a ser su fundador ante una importante elección. Como lo expuso Maquiavelo,

Se alguno quisiera, por tanto, organizar de nuevo una república, debería considerar si desea que amplíe, como Roma, en dominio y poder, o bien si desea contenerla dentro de estrechos confines. En el primer caso, es necesario organizarla como Roma, y conceder espacio en ella a los tumultos y las disensiones generales de la mejor manera posible; porque, sin un gran número de hombres, y bien armados, nunca podrá crecer una república o, si crecerá, mantenerse. En el segundo caso, puedes (*puoi*) organizarla como Esparta y Venecia; sin embargo, debido a que la ampliación es el veneno de tales repúblicas, quien las organiza debe, de todos los modos posibles, prohibirles la expansión (*lo acquistaree*); porque tales conquistas, fundadas sobre una república débil, suponen su entera ruina (21).

(20) Cfr. JOSEPH R. STRAYER, *On the Medieval Origins of the Modern State* (Princeton, 1970), cuyo Estado «moderno» habría disgustado a Maquiavelo, sin lugar a dudas. Para el contexto florentino, ver LAURO MARTINES, *Lawyers and Statecraft in Renaissance Florence* (Princeton, 1968), que podría leerse como una descripción del mundo del que Maquiavelo estaba tratando de escapar.

(21) [Traducciones de M. P. V.]. «Se alcuno volesse, per tanto, ordinare una republica di nuovo, arebbe a esaminare se volesse che ampliassse, come Roma, di dominio e di potenza, ovvero che la stesse dentro a brevi termini. Nel primo caso, è necessario ordinarla come Roma, e dare luogo a' tumulti e alle dissensioni universali, il meglio che si può; perchè, sanza gran numero di uomini, e bene armati, mai una republica potrà crescere, o, se la crescerà, mantenersi. Nel secondo caso, la puoi ordinare come Sparta e come Venegia; ma perchè l'ampliare è il veleno di simili republiche, debbe, in tutti quelli modi che si può, chi le ordina proibire loro lo acquistaree; perchè tali acquisti, fondati sopra una republica debole, sono al tutto la rovina sua» (*Discorsi*, I.6, p. 86).

Los comentaradores modernos han interpretado a veces este pasaje como si estableciera alternativas igualmente adecuadas para el fundador de una república (22). Sin embargo, el pasaje fue construido de esa manera para llevar al lector a creer que la segunda alternativa es menos deseable. Así, Maquiavelo usó una tercera persona en abstracto al hablar del fundador de una república como Roma, pero cambió a un *tu* de condescendencia (con el verbo *puoi*) al describir la fundación de una república como Venecia o Esparta (23). Esparta y Venecia eran, por lo tanto, repúblicas «débiles» porque no podían soportar el peso de adquisiciones territoriales.

Maquiavelo reconoció que el republicanismo no expansivo tenía un cierto atractivo. Su sinceridad la confirma un pasaje de su poema *L'Asino*, en el que critica Atenas, Esparta y Florencia por haber sometido a los territorios vecinos; y también las últimas palabras de Castruccio Castracani en la *Vita*, quien en su lecho de muerte deseaba haber vuelto amigos (*amici*) a los estados vecinos, en vez de haber tratado de conquistarlos (24). En los *Discursos*, Maquiavelo escribió que «le gustaría creer» (*crederei bene*) que una república de larga vida pudiera ser fundada estableciéndola en un sitio fuerte y dotándola solo con el poder estrictamente suficiente y necesario para su defensa: «Y no me cabe duda de que, si se pudiera mantener este equilibrio, se encontraría la verdadera vida política y la auténtica quietud de una ciudad» (25).

(22) ALFREDO BONADEO, «Appunti sul concetto di conquista e ambizione nel Machiavelli e sull'antimachiavellismo», *Annali dell'Istituto orientale*, 12 (1970), pp. 245-60; Id., «Machiavelli on War and Conquest», *Il pensiero politico*, 7 (1974), pp. 334-361. POCOCK, *Machiavellian Moment*, pp. 196-199, lo comprendió bien, así como HARVEY C. MANSFIELD, JR., *Machiavellian Virtue* (Chicago, 1996), pp. 85-92.

(23) El uso que le da Maquiavelo a *tu* y a *voi* es más complicado que lo indicado por el comentario —por otro lado, bastante perspicaz— de LEO STRAUSS, *Thoughts on Machiavelli* (Chicago, 1958), p. 77; luego aprobado por GIAN ROBERTO SAROLLI, «Un dichirografo inedito del Machiavelli “dictante” e “scribente”», *Modern Language Notes*, 80 (1965), pp. 58-59. En este sentido, podría mencionarse que el artículo de Sarolli falló al no distinguir entre el uso normal de la segunda persona singular en las cartas de los magistrados florentinos a sus oficiales (un «colegial» *tu*) y el uso habitual de *voi* en la correspondencia privada de este período. Sobre el uso en Maquiavelo del *tu* y el *voi*, cfr. también NICOLÁS MAQUIAVELO, *The Prince with Related Documents*, ed. y trad. William J. Connell (Boston, Bedford/St Martins, 2005), p. XI.

(24) *L'asino*, cap. 5, en *Tutte le opere*, ed. Martelli, p. 966; *Vita di Castruccio Castracani da Lucca*, en *Tutte le opere*, ed. Martelli, p. 626. Una consideración cuidadosa del lenguaje de Maquiavelo en estos dos pasajes confirma que ninguno contradice la conclusión general de los *Discursos*.

(25) «E sanza dubio credo, che, potendosi tenere la cosa bilanciata in questo modo, che e' sarebbe il vero vivere politico e la vera quiete d'una città» (*Discorsi*, I, 6, p. 86).

Sin embargo, leyendo más adelante, queda claro que, para Maquiavelo, la alternativa representada por Esparta y Venecia era falsa. Puesto que todos los asuntos humanos están en movimiento, «la necesidad» te fuerza (26) a emprender «muchas cosas a las que la razón no te induce». Otros estados tienen sus propios intereses y ambiciones, e inevitablemente, la «necesidad» de la guerra afecta incluso a la república con ambiciones limitadas. La república sin ambiciones enfrentará una disyuntiva entre expandirse con miras a mantener su libertad o verla extinguirse (27).

Puesto que no creyó que fuera posible «equilibrar este asunto», Maquiavelo pensó que era necesario, al ordenar las repúblicas, «pensar en el resultado más honorable» y establecer su régimen de tal manera que «cuando la necesidad las forzara a expandirse, fueran capaces de preservar lo que hubieran ocupado» (28). Esparta y Venecia, las repúblicas de la razón, no fueron ordenadas con miras a ser imperios; ambas perdieron en breves períodos lo que la necesidad les había obligado a adquirir (29). Solamente las ciudades-estado alemanas contemporáneas de Maquiavelo fueron capaces de mantenerse libres (y económica y militarmente fuertes) sin conquistar otras regiones; pero esto era debido a que vivían bajo protección imperial (30). De eliminarse dicha protección, da a entender Maquiavelo, los alemanes también se habrían visto obligados a expandirse para preservar su libertad.

El argumento de Maquiavelo está planteado tan claramente que sería muy fácil pasar por alto hasta qué punto su aprobación del imperialismo de

(26) De nuevo, un *tu* acompaña a la alternativa menor: «Ma sendo tutte le cose degli uomini in moto, e non potendo stare salde, conviene che le salghino o che le scendino; e a molte cose che la ragione non t'induce, t'induce la necessità».

(27) *Discorsi*, II.6, p. 86. Pocock, *Machiavellian Moment*, p. 199, explicó correctamente la elección de Maquiavelo de Roma sobre Esparta sobre la base de que «to reject expansion is to expose oneself to fortune without seeking to dominate her» («rechazar la expansión es exponerse uno mismo a la fortuna sin buscar dominarla»).

(28) «Pertanto, non si potendo, come io credo, bilanciare questa cosa, né mantenere questa via del mezzo a punto; bisogna, nello ordinare la republica, pensare alla parte più onorevole; ed ordinarle in modo, che, quando pure la necessità le inducesse ad ampliare, elle potessono, quello ch'elle avessono occupato, conservare» (*Discorsi*, II.6, p. 86).

(29) Aquí, como se ha señalado frecuentemente, Maquiavelo ignora el asombroso renacimiento de las fortunas venecianas tras la batalla de Agnadello (llamado por Maquiavelo «Vailà»). Para el constante desprecio maquiaveliano de los logros políticos de Venecia, ver Innocenzo Cervelli, *Machiavelli e la crisi dello stato veneziano* (Nápoles, 1974).

(30) Con respecto a la fuerza (*potentia*) de las ciudades alemanas que se mantuvieron sin adquisición (*acquisto*) de otros territorios, ver el *Ritratto delle cose della Magna*, en MARCHAND, *Niccolò Machiavelli. I primi scritti*, pp. 525-32 (esp. 525, 530). De manera similar, en una versión en borrador, el *Rapporto di cose della Magna*, ibíd., p. 480: «le comunità sanno che lo acquisto d'Italia farebbe pe' principi e non per loro, potendo questi venire ad godervi personalmente li paesi d'Italia e non loro».

la república por «necesidad» supuso una ruptura significativa con los tradicionales teóricos de la república. Para Platón, Aristóteles y Cicerón, el propósito del gobierno era inculcar la virtud en los ciudadanos de un régimen; en los escritos de Maquiavelo, el imperio asume el lugar de la virtud como fin de la república. Así, Platón y Aristóteles condenaron la expansión territorial porque creían que las ciudades-estado, al crecer, perderían su capacidad para formar de manera efectiva a los ciudadanos. La gran *polis* se desharía, así, de su carácter «político» (31). Entre los escritores romanos, los historiadores Salustio y Livio expresaron puntos de vista similares, pero esta no era la opinión de Cicerón en una de las discusiones más influyentes acerca del problema del imperialismo. En *De officiis* —un texto que Maquiavelo conocía desde su juventud— Cicerón argumenta que el imperio fue una consecuencia de la virtud romana (32). Aunque la postura de Cicerón es bastante distinta de la postura de Platón y Aristóteles, el orador romano estaba de acuerdo con ambos en un punto crucial: el «fin» de la república radica en la virtud; el imperio es una manifestación de esa virtud, no un fin en sí mismo (33).

Resulta notable que Maquiavelo no estuviese de acuerdo con los teóricos republicanos de la antigüedad respecto a la cuestión del imperialismo, dado que se muestra, así, en desacuerdo con otro de los «contextos» dentro de los cuales Maquiavelo es situado y discutido con frecuencia, a saber, el republicanismo clásico. Ciertamente, respecto a esta cuestión Platón no siempre había sido tomado en serio, pero Aristóteles y Cicerón eran autoridades de otro orden. Curiosamente, Maquiavelo citó favorablemente a Aristóteles solamente una vez en sus escritos —hablando de la violencia ejercida por los tiranos sobre las mujeres—, mientras que en otros lugares prefirió sobre todo criticarlo (34). ¿Acaso estaba pensando Maquiavelo en la *politeia* moderada

(31) PLATÓN, *República*, 423b-c; ARISTÓTELES, *Política*, 1324b-1327b, 1333b-1334a.

(32) CICERÓN, *De officiis*, 2.26-27. ROBERTO RIDOLFI, *Vita di Niccolò Machiavelli*, 7.^a ed. rev. (Floencia, 1978), p. 424 n. 7, notó la presencia de una copia prestada del *De officiis* en casa del padre de Maquiavelo, Bernardo. Para las influencias ciceronianas en Maquiavelo, ver MARCIA L. COLISH, «Cicero's *De officiis* and Machiavelli's *Prince*», *Sixteenth Century Journal*, 9 (1978), pp. 81-93. Ver también PATRICIA J. OSMOND, «Sallust and Machiavelli: From Civic Humanism to Political Prudence», *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 23 (1993), pp. 407-38.

(33) Para la opinión de Cicerón acerca de la expansión romana, ver HANS DIETER MEYER, *Cicero und das Reich*, (Colonia, 1957); y P. A. BRUNT, «*Laus Imperii*», en *Imperialism in the Ancient World*, ed. P. D. A. Garnsey y C. R. Whitaker (Cambridge, 1978), pp. 159-191.

(34) *Discorsi*, III.26, p. 233. Para la concepción negativa que, por lo demás, tiene Maquiavelo de Aristóteles, ver su carta a Francesco Vettori el 26 de agosto de 1513, en *Tutte le opere*, ed. Martelli, p. 1156, refiriéndose a la *Política*, y compárese con la carta previa de Vettori el 20 de agosto de 1513, *ibid.*, p. 1153. Ver también el *Discursus Florentinarum Rerum Post Mortem Iunioris Laurentii Medices*, *ibid.*, p. 30.

de Aristóteles —y no solamente en los regímenes de Platón y Jenofonte— cuando escribió en *El Príncipe* contra «repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha conocido que existan en verdad»? (35).

Pero fue invirtiendo los términos clave de la posición de Cicerón como Maquiavelo realmente cambió la naturaleza del debate sobre el imperio. El vocabulario de Maquiavelo era perfectamente aristotélico y ciceroniano en su referencia a los «fines», convirtiéndose los *telê* o *finis* de esta tradición en sus *fini*, pero la conclusión a la que llegó fue diametralmente opuesta. En los *Discursos*, Libro I, capítulo 29, Maquiavelo afirma que la ciudad tiene «dos fines». El primero es «obtener» territorio; el segundo es «mantener su independencia». En los *Discursos*, Libro II, capítulo 2, Maquiavelo afirma aún más directamente que «aumentar» es «el fin de una república» (36). La expansión, entonces, y no inculcar la virtud, es el objetivo del gobierno maquiaveliano. A la virtud, en el sentido clásico, Maquiavelo le asigna un rol subordinado, entendiéndola como uno de los medios que deben asistir a la expansión; al hacerlo de esa manera, cambia el significado de la virtud en cuanto tal.

Concomitante con la redefinición de virtud, que tantos eruditos han discutido con frecuencia, la aprobación maquiaveliana de la expansión fue la base de su reelaboración de otros aspectos del lenguaje político contemporáneo (37). Es verdad que el vocabulario político de Maquiavelo y sus metáforas fueron esencialmente las mismas de los escritores políticos que lo precedieron, así como de los políticos, estadistas y burócratas contemporáneos; sin embargo, en las páginas de las obras principales del secretario florentino, algunos de estos elementos tradicionales asumieron significados novedosos (38). Una y otra vez el lector de Maquiavelo encuentra palabras

(35) «Republiche e principati che non si sono mai visti né conosciuti essere in vero» (*Principe*, XV, p. 280). La *Utopia* de MORO, publicada en 1516 —y por tanto después de la primera redacción del *Príncipe*— era conocida por Francesco Vettori, quien la menciona en su *Sommario della storia d'Italia dal 1511 al 1527*, publicado en FRANCESCO VETTORI, *Scritti storici e politici*, ed. Enrico Niccolini (Bari, 1972), p. 145.

(36) «Perché, avendo una città che vive libera, duoi fini, l'uno lo acquistare, l'altro il mantenersi libera»; «perché il fine della republica è enervare ed indebolire, per accrescere il corpo suo, tutti gli altri corpi» (*Discorsi*, I,29, p. 111; II,2, p. 150).

(37) Los mejores análisis de la *virtù* maquiaveliana todavía se encuentran en J. H. WHITFIELD, *Machiavelli* (1946; reimp. Nueva York, 1966), pp. 97-105; y NEAL WOOD, «Machiavelli's Concept of Virtù Reconsidered», *Political Studies*, 15 (1967), pp. 159-172.

(38) Para el contexto, ver ALLAN H. GILBERT, *Machiavelli's «Prince» and Its Forerunners: The Prince as a Typical Book «De Regimine Principum»* (Durham, N. C., 1938); FELIX GILBERT, «Florentine Political Assumptions in the Period of Savonarola and Soderini», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 20 (1957), pp. 187-214; FEDERICO CHABOD, «Alcune questioni di terminologia: 'stato', 'nazione', 'patria' nel linguaggio del Cinquecento», en sus *Scritti sul Rinascimento* (Turín, 1967), pp. 627-61; MARIO SANTORO, *Fortuna, ragione e prudenza nella civiltà letteraria del Cinquecento* (Nápoles, 1967); NICOLAI RUBINSTEIN,

e imágenes usadas a contracorriente de las expectativas medievales y renacentistas (39).

Después de *virtù*, la palabra discutida con mayor frecuencia en el vocabulario maquiaveliano es *stato*. Una antigua disputa —sobre si el uso que Maquiavelo hace de esta palabra corresponde con el significado moderno e impersonal del término «Estado» (40)— se ha resuelto recientemente de manera negativa, al probarse que el uso maquiaveliano de *stato* siempre significa el *stato* de alguien —de una persona o un grupo de personas (41). La comprensión jurídica moderna de «Estado» alcanzó su madurez solamente décadas después de la muerte de Maquiavelo (42).

Desde entonces, el argumento ha sido reformulado, sin embargo, para mostrar que el uso maquiaveliano de *stato* difiere del uso de los escritores medievales en la medida en que Maquiavelo usa *stato* en contextos «explotadores» y «predatorios», de manera que el *stato* es generalmente el objeto de verbos de agresión, adquisición y manipulación (43). Ha sido correctamente sugerido que el uso «predatorio» que Maquiavelo hace del término *stato* se desarrolló entre las generaciones anteriores, en el competitivo y aprehensivo mundo de las políticas oligárquicas florentinas, en las que «status» podía significar tanto rango conseguido como rango perdido (44). Finalmente, estudios subsiguientes han demostrado que, debido al consejo que Maquiavelo dio a príncipes y repúblicas de agrandarse, *stato* se convierte, en su obra, en una cualidad que no es meramente

«Notes on the word *stato* in Florence before Machiavelli», en *Florilegium Historiale*, ed. J. G. Rowe y W. H. Stockdale (Toronto, 1971), pp. 313-326; Id., «Florentina Libertas», *Rinascimento*, ser. 2, 26 (1986), pp. 3-26. Una introducción útil al vocabulario de Maquiavelo se puede encontrar en el apéndice de NICCOLÒ MACHIAVELLI, *The Prince*, trad. Quentin Skinner y Russell Price (Cambridge, 1988), pp. 100-13. FREDI CHIAPPELLI, *Studi sul linguaggio del Machiavelli* (Florenca, 1952), por su planteamiento, prestó poca atención al uso contemporáneo, lo cual, de manera paradójica, vuelve a veces más útil su estudio.

(39) Cfr. la descripción de la refutación por parte de Maquiavelo del catálogo tradicional de virtudes en FELIX GILBERT, «The Humanist Concept of the Prince and *The Prince* of Machiavelli», en su *History: Choice and Commitment* (Cambridge, Mass., 1977), pp. 91-114, esp. 110 y siguientes ff.

(40) Tal como ya propuso ERNST CASSIRER, *The Myth of the State* (New Haven, 1946), pp. 133-134, 140-141, 154-155. Comparar con Chiappelli, *Studi sul linguaggio*, pp. 59-73.

(41) J. H. HEXTER, «The Predatory Vision: Niccolò Machiavelli. *Il Principe* and *lo stato*», en su *The Vision of Politics on the Eve of the Reformation: More, Machiavelli, Seyssel* (Nueva York, 1973), pp. 173-175; más adelante apoyado por Skinner, *Foundations*, II, pp. 353-354.

(42) J. W. ALLEN, *A History of Political Thought in the Sixteenth Century* (1928; Nueva York, 1960), pp. 407 y siguientes ff.; y Skinner, *Foundations*, II, pp. 349-358. ALBERTO TENENTI, *Stato: un'idea, una logica. Dal comune italiano all'assolutismo francese* (Boloña, 1987), ofrece una rica discusión (esp. pp. 15-97), pero no cambia la conclusión general.

(43) HEXTER, «The Predatory Vision».

(44) MARTINES, *Lawyers and Statecraft*, pp. 390-391.

estática, sino cuya posesión conlleva la obligación inherente de crecer (45). Así, como otros han demostrado, la palabra *stato*, tal como la usa Maquiavelo, cesa de aludir al «estado» como una cualidad «estática» para convertirse en una cualidad que, poseyéndose, implica el incremento o la promoción.

Maquiavelo operó una transformación similar en la metáfora, tradicional en la tratadística política clásica y contemporánea, que asemeja el régimen político al cuerpo humano (46). Aunque Maquiavelo utilizó metáforas antiguas y medievales, que equiparan la relación entre el rey y sus súbditos con la relación entre la cabeza de un cuerpo y sus miembros, hoy se ha convertido en un lugar común la idea de que Maquiavelo inyectó a esta imagen una concepción «orgánica» del régimen; esto es, pensó en el régimen como un ser vivo, sujeto a los ciclos del nacimiento y la muerte. Un uso esencialmente tradicional de la imaginería del cuerpo para describir las situaciones políticas se hallaba ya presente en los escritos cancillerescos más tempranos de Maquiavelo, en 1498 (47), de acuerdo con la utilización típica de los funcionarios del Estado (48). Así, los escritos de Maquiavelo incluyen un número de argumentos comunes acerca de la relativa importancia de diversas partes del cuerpo. Una provincia anexa es «como un miembro» agregado (49). Una política de desarmar al propio pueblo es errada, «pues el corazón y las partes vitales de un cuerpo deberían estar bien armadas, y no sus extremidades» (50). Maquiavelo también usó un amplio bagaje de analogías médicas para describir las enfermedades de un Estado y los métodos para sanarlo (51).

(45) MANSFIELD, *Machiavellian Virtue*, pp. 281-294. Con respecto a la obligación de adquirir territorio ver, por ejemplo, *Discorsi*, I.5, p. 84: «la paura del perdere genera in loro le medesime voglie che sono in quelli che desiderano acquistare; perché non pare agli uomini possedere sicuramente quello che l'uomo ha, se non si acquista di nuovo dell'altro» («El miedo a perder [territorio] genera en ellos [los que lo poseen] las mismas ansias presentes en aquellos que desean adquirir; porque no les parece a los hombres poseer con seguridad lo que el hombre tiene, si no se adquiere de nuevo otra cosa»).

(46) JACQUES LE GOFF, «Head or Heart? The Political Use of Body Metaphors in the Middle Ages», en *Fragments for a History of the Body*, 3 vols. (Nueva York, 1989), I, pp. 12-27; PAUL ARCHAMBAULT, «The Analogy of the "Body" in Renaissance Political Literature», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, 29 (1967), pp. 32-53.

(47) Chiappelli, «Machiavelli as Secretary», pp. 34-35.

(48) Ver, por ejemplo, James S. Grubb, *Firstborn of Venice: Vicenza in the Early Renaissance State* (Baltimore, 1988), pp. 26-27.

(49) «Se [il principato] non è tutto nuovo, ma come membro» (*Principe*, III.1, p. 258). Para la imagen del príncipe (o el general) como cabeza y los italianos individuales como miembros, ver XXVI, p. 297.

(50) *Discorsi*, II.30, p. 191: «Perché il cuore e le parti vitali d'uno corpo si hanno a tenere armate, e non le estremità d'esso».

(51) Cfr., por ejemplo, *Principe*, III, pp. 259-260; CHIAPPELLI, *Studi sul linguaggio*, pp. 78 y 88-89; LUIGI ZANZI, *I «segni» della natura e i «paradigmi» della storia: il metodo*

Pero en algún punto del desarrollo del pensamiento de Maquiavelo, su uso de la metáfora del cuerpo realizó un viraje novedoso, pues le atribuyó un apetito al cuerpo político. En ello consiste el significado del relato que Maquiavelo tomó prestado de Vitruvio acerca de Alejandro Magno, quien, cuando el arquitecto Dinócrates le propuso construir una ciudad con la forma de un cuerpo humano en el Monte Athos, rechazó el plan diciendo que los habitantes no tendrían nada para alimentarse (52). En los *Discursos* Maquiavelo expresa esta idea con todavía mayor fuerza cuando afirma que «el fin de una república es enervar y debilitar todos los demás cuerpos para que el propio cuerpo pueda incrementarse» (53). El régimen republicano que Maquiavelo alaba es uno que, necesariamente, consume a otros para sobrevivir.

La expansión es, por tanto, necesaria, pero ¿cómo habría de llevarla a cabo el Estado? Maquiavelo es claro al favorecer algunas formas de expansión sobre otras; formas que discute en el Libro II, capítulo 4, de los *Discursos*. Ahí el florentino escribe que las repúblicas antiguas emplearon tres estrategias para agrandarse (54). La primera consiste en organizar una liga de varias repúblicas, ninguna de las cuales puede tener prioridad sobre las otras. Maquiavelo trae aquí a colación el ejemplo de los antiguos etruscos, a quienes llama «toscanos» (*toscani*) (55) —quienes reinaron en toda la Italia entre el norte de Roma y el sur de los Alpes—. Esta primera forma tiene sus inconvenientes: los antiguos toscanos fueron incapaces de extender su reino más allá de Italia y se mostraron incompetentes en la defensa de Lombardía contra los Galos. Tampoco dejaron historia alguna acerca de sí mismos (56). Un segundo medio para agrandarse, el seguido por los romanos, consiste en que la república haga compañeros (*compagni*: el término para indicar al «compañero de negocios») a otros Estados, reservándose, sin embargo, la facultad de comandar, la sede del imperio y la titularidad de todas las empresas a realizar. La tercera modalidad consiste en convertir en súbditos, antes que compañeros, a los otros Estados. Este fue el modo empleado por Atenas y Esparta en la

del Machiavelli. Ricerche sulla logica scientifica degli «umanisti» tra medicina e storiografia (Manduria, 1981); y especialmente el rico y sugestivo tratamiento de ANTHONY J. PAREL, *The Machiavellian Cosmos* (New Haven, 1992), pp. 101-112 et passim.

(52) *Discorsi*, I.1, p. 78.

(53) Cfr. nota 37.

(54) *Discorsi*, II.4, pp. 152-154.

(55) Con respecto a este tema, cfr. PETER GODMAN, *From Poliziano to Machiavelli: Florentine Humanism in the High Renaissance* (Princeton, 1998), pp. 258, 288.

(56) *Discorsi*, II.4, p. 154: «La quale potenza e gloria... fu tanto spenta, che... al presente non ce n'è quasi memoria». Y de nuevo en el capítulo siguiente, *Discorsi*, II.5, p. 155: «Talché, come si è detto, di lei ne rimane solo la memoria del nome.»

antigüedad [aunque Maquiavelo distorsiona ambos ejemplos (57)], y por los Estados florentinos y venecianos en su época.

Maquiavelo rechazó este último método —el de subyugación inmediata— aduciendo que gobernar ciudades por medio de la violencia, en especial ciudades acostumbradas a la libertad, es un asunto difícil y costoso (58). Los imperios ateniense y espartano cayeron en la ruina, explica, por su incapacidad para mantener los dominios que habían conseguido. La modalidad más aconsejable, según Maquiavelo, es la modalidad romana, que opera a través de la adopción y creación de regímenes compañeros levemente inferiores. Aunque a estos compañeros se les trataba con equidad en la mayoría de los casos, Roma siempre se reservaba el lugar de honor en sus empresas conjuntas. El resultado fue que, sin darse cuenta, estos compañeros gastaron su sangre y su mano de obra en someterse a Roma, dado que, después de que los romanos hubieran conducido a sus compañeros fuera de Italia y reducido a varias tierras extranjeras al estatus de provincias súbditas, éstos descubrían que estaban a la vez rodeados por súbditos romanos y oprimidos por una Roma mucho más reforzada. Por este motivo, los compañeros se rebelaron (en la Guerra Social, o Guerra de los Aliados), siendo suprimidos y reducidos al estatus de súbditos. De este modo, vemos que el resultado final de la modalidad romana de expansión difiere poco de la ateniense y espartana. No obstante, la modalidad romana más eficiente exige postergar el sometimiento final de los vecinos de la república hasta que llegue el momento en que los mismos compañeros obliguen a la propia república a someterlos. Ciertamente, la asociación fruto de esta modalidad de expansión es un tipo de fraude —y Maquiavelo alaba a los romanos por su uso del fraude, así como de la fuerza, en sus conquistas (59).

Puesto que Maquiavelo claramente pensaba que Florencia había cometido el error de someter inmediatamente a sus vecinos, el primer método,

(57) La presentación que hace Maquiavelo de los modos de expansión ateniense y espartano es engañosa, pues ambas ciudades griegas estuvieron a la cabeza de «ligas» durante muchos años antes de transformarse en imperios. Para el uso que Maquiavelo le da a Tucídides (aunque no sobre este tema), ver MARCELLO SIMONETTA, «Machiavelli lettore di Tucidide», *Esperienze letterarie*, 22, n. 3 (1997), pp. 53-68.

(58) Esto explica las afirmaciones aparentemente anti-imperialistas en *L'Asino d'Oro* y la *Vita di Castruccio*, citadas en la nota 23.

(59) Cfr. *Discorsi*, II.13, p. 163, «Che si viene di bassa a gran fortuna più con la fraude che con la forza», lo que reafirma las políticas de Roma con respecto a sus vecinos (descritas en II.4) como un caso laudable de fraude. Ver también III.40, pp. 248-249, donde la condena inicial que Maquiavelo hace del fraude se ve matizada por cuanto sigue. Cfr. también *Principe*, XVIII, pp. 283-284. R. T. RIDLEY, «Machiavelli and Roman History in the *Discourses*», *Quaderni di storia*, 18 (1983), p. 200, es mejor que WHITFIELD, *Machiavelli*, p. 153, con respecto a este punto.

ilustrado por la liga Etrusca, le merece mayor atención. El florentino sugirió que ésta podría ser la mejor opción todavía disponible para los toscanos de su tiempo. Castruccio parecería estar indicando este camino cuando habló de amistar a los estados vecinos en la *Vita* (60). Y, tal como Maquiavelo argumentó en otro lugar, «los hombres que nacen en una provincia mantienen casi la misma naturaleza por todos los tiempos» (61). En este sentido, una liga al menos parecía ofrecer la posibilidad de una independencia prolongada, si no la grandeza que había logrado Roma.

Pero la recomendación de Maquiavelo de una liga todavía tiene algo extraño. ¿Por qué habría de recomendar una modalidad de crecimiento que llevó a los toscanos al «olvido»? Tal vez Maquiavelo creía que la ventaja ofrecida por una liga radicaba en la facilidad con la que podría convertirse en una red de «compañeros». Dado que la república que desea expandirse debe, supuestamente, engañar a las otras para ayudarla en su expansión, y dado que ningún Estado aceptaría voluntariamente convertirse en «compañero» de otra república si supiera el futuro que le aguarda en caso de hacerlo, una «liga» ofrecía los comienzos más prácticos para una expansión, siguiendo las directrices marcadas por la república romana.

Durante las primeras etapas de crecimiento de un imperio, Maquiavelo parece haber previsto la conservación de autonomías locales sustanciales. Las repúblicas compañeras continuarían administrando justicia por sí mismas, como Capua había hecho por 300 años mientras estuvo nominalmente bajo control romano; y como había hecho Pistoya —aunque bajo el control florentino en otros sentidos— durante el siglo XIV (62). En Francia, de manera similar, las provincias de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía se mencionan en *El Príncipe* por haberse «convertido en un solo cuerpo» con el reino francés, no a pesar de, sino *porque* se les permitió mantener sus leyes e impuestos anteriores (63). Para Maquiavelo, la medida de la cohesión entre estados no la proporcionaban códigos legales unificados o una estructura territorial y administrativa centralizada, sino una cohesión psicológica que podía obtenerse mejor preservando las autonomías locales. Esto está bastante lejos del estado «unitario» de Ercole.

(60) Cfr. nota 23.

(61) «Che gli uomini, che nascono in una provincia, osservino per tutti i tempi quasi quella medesima natura» (*Discorsi*, III.43, p. 250).

(62) *Discorsi*, II.21, pp. 177-178.

(63) «In brevissimo tempo diventa, con loro principato antiquo, tutto uno corpo» (*Principe*, III, p. 259). Maquiavelo aquí subestima el intervencionismo del rey en estas regiones de Francia. Comparar con el *Ritratto di cose di Francia*, en MARCHAND, *Machiavelli. Primi scritti*, pp. 507-524, que da una descripción más detallada.

Cuando, en *El Príncipe*, Maquiavelo rechaza la estrategia florentina para controlar la Toscana, desgastada ya por el tiempo y resumida en la máxima «somete a Pistoia con facciones y a Pisa con fortalezas» (64), estaba esperando el establecimiento de un orden territorial bastante distinto del que existía en su época. En los pueblos sometidos las fortalezas, bien guarnecidas, resultaban caras y, lo que es peor, generaban diariamente la ira de los súbditos al brindarles un recordatorio de su servidumbre (65). En lugar de guarniciones hostiles, Maquiavelo habría permitido una autonomía sustancial a los pueblos sometidos de la Toscana. De esa manera, sería más probable que dichos pueblos se defendieran a sí mismos en caso de ser atacados. Y, como compañeros y no como súbditos, sería más probable que se ofrecieran a actuar militarmente junto con los florentinos. La existencia de facciones, por su parte, convertía a los pueblos en súbditos especialmente vulnerables frente a enemigos externos (66); además, existía el riesgo de que dichas facciones se extendieran a la ciudad regente, tal como, en el pasado, se habían propagado de Pistoia a Florencia (67). Sin embargo, el rechazo de Maquiavelo hacia la usual política territorial sobre las facciones nos conduce de vuelta a la capital toscana, al tiempo que exploramos cómo trató de transformar el pensamiento político: ¿qué ocurre con las facciones en la capital?

Como Quentin Skinner señaló adecuadamente, una de las formas fundamentales en las que Maquiavelo rompió con las expectativas de sus predecesores y contemporáneos fue a través de su sorprendente alabanza, en los *Discursos*, de la discordia cívica romana (68). La respuesta, algo sorprendente, de Guicciardini a Maquiavelo fue que «elogiar la discordia era como elogiar la enfermedad de alguien enfermo» (69). Pero la extensión y la naturaleza de la aprobación de Maquiavelo de la «desunión» —y lo que la

(64) «Solevono gli antiqui nostri, e quelli che erano stimati savi, dire come era necessario tenere Pistoia con le parti e Pisa con le fortezze» (*Principe*, XX, p. 288).

(65) Hay críticas a las fortalezas en *Ibid.*; y *Discorsi*, II.24, pp. 181-184.

(66) *Principe*, XX, pp. 289-290; aunque era difícil que un príncipe o una república mantuviera aquellos pueblos. Para la manera adecuada de adquirir un pueblo dividido por facciones, ver *Discorsi*, II.25, pp. 184-5.

(67) *Discorsi*, III.27, pp. 233-234; cfr. *Istorie*, II.16, p. 668 et passim. Ver también WILLIAM J. CONNELL, «“I fautori delle parti”». Citizen Interest and the Treatment of a Subject Town, c. 1500», en *Istituzioni e società in Toscana in età moderna* (Roma, 1994), I: 118-147; *Id.*, *La città dei crucci. Fazioni e clientele in uno stato repubblicano del '400* (Florencia, 2000), pp. 181-237.

(68) SKINNER, *Foundations*, I, p. 181.

(69) «Laudare le disunione è come laudare in uno infermo la infermità» (FRANCESCO GUICCIARDINI, *Considerazioni sui «Discorsi» del Machiavelli*, I.4, en su *Opere*, 3 vols., ed. Emanuela Lugnani Scarano (Turín, 1970), I, p. 616).

motiva— no han sido siempre bien comprendidas (70). Para empezar, como hemos visto, Maquiavelo se opuso a la presencia de facciones en pueblos súbditos por razones de seguridad. Pero si se les oponía ahí, ¿no se opondría a su presencia en la capital por las mismas razones? Examinando el tema más de cerca, parece que Maquiavelo distinguió entre una forma saludable de discordia cívica —que era esencial para la lucha de clases entre patricios y plebeyos— y una forma enfermiza de discordia, caracterizada por facciones políticas y partidos.

Así, aunque Maquiavelo alababa la desunión de Roma y sus tumultos cuando éstos resultaban de antagonismos de clase entre nobles y plebeyos (71), fue bastante rápido al condenar las facciones políticas (*parti* o *sette*) que buscan controlar al Estado con miras a un beneficio privado (72). Divisiones de clase, por otro lado, produjeron tanto una competencia saludable como buenas leyes que tendían hacia la expansión de la república, siempre y cuando las demandas de las clases en competencia no se volvieran excesivas o degeneraran en odios privados (73). Una historia similar se narra en la *Historia de Florencia*, donde Maquiavelo escribió que bajo el gobierno del *Primo Popolo* —un régimen originado, según su interpretación, en el conflicto entre los magnates florentinos y los *popolani*— «nunca estuvo nuestra ciudad en una condición más feliz» (74).

(70) Ver SKINNER, *Foundations*, I, p.181, donde se argumenta que Maquiavelo creía que «puesto que estos conflictos servían para cancelar intereses de parte, servían al mismo tiempo para garantizar que las únicas iniciativas que de hecho pasaran a ser leyes fueran aquellas que beneficiaran a la comunidad como un todo» («that, since these conflicts served to cancel out sectional interests, they served at the same time to guarantee that the only enactments which actually passed into law were those which benefited the community as a whole»). Dado que Skinner no alcanzó a captar la distinción maquiaveliana entre conflicto de clases (que Maquiavelo aprobaba) y conflicto de facciones (que criticaba), el resultado fue un Maquiavelo excesivamente cercano a los escritores de *The Federalist* y Adam Smith —como en el *Machiavelli* de Skinner, donde escribió (p. 66): «aunque motivado enteramente por sus intereses egoístas, las facciones serán así guiadas, como por una mano invisible (*sic!*), para promover el interés público en todos sus actos legislativos» («although motivated entirely by their selfish interests, the factions will thus be guided, as if by an invisible hand (*sic!*), to promote the public interest in all their legislative acts»).

(71) *Discorsi*, I.4, p. 84; ALFRED BONADEO, *Corruption, Conflict, and Power in the Works and Times of Niccolò Machiavelli* (Berkeley y Los Ángeles, 1973), pp. 35-71.

(72) Ver, por ejemplo, la descripción de la creación de una *parte* por un ciudadano ambicioso en *Discorsi*, III.28, p. 235.

(73) *Discorsi*, I.3-7, pp. 81-88; *Istorie*, III.1, pp. 690-691.

(74) «Né mai fu la città nostra in maggiore e più felices tato» (*Istorie*, II.15, p. 668). No sólo había un ejército popular, sino que también «tutta la Toscana, parte come subietta, parte come *amica*», obedecía a Florencia (cursiva propia).

Maquiavelo argumenta en los *Discursos* que «aquéllos que condenaron los tumultos entre los nobles y los plebeyos en la antigua Roma se equivocaron al culpar aquellas cosas que fueron la primera causa de que Roma pudiera permanecer libre» (75). Ha sido sugerido recientemente que Maquiavelo vio esos «tumultos» como «una consecuencia de una involucración política intensa» y, por lo tanto, consistente con la libertad interna. Ahora bien, a pesar de que el aireamiento de diferencias políticas era de cierta limitada importancia en el tipo de republicanismo del florentino (76), parece, no obstante, que la «libertad» que interesaba a Maquiavelo iba dirigida a poderes extranjeros, más que hacia la libertad doméstica (77). Y, como se ha mostrado previamente, la expansión territorial era necesaria para preservar la libertad. Al involucrar al pueblo romano en los asuntos públicos, la constitución de Roma aprovechó la energía popular para las guerras romanas de conquista —con miras a lograr lo que Maquiavelo consideraba el objetivo o «fin» de la república—. Los tumultos domésticos ocasionales causados por un populacho embravecido suponían, en este sentido, un precio pequeño a pagar por las ventajas que devengaba la posesión de un ejército popular (78).

El ideal de Maquiavelo de un estado republicano imperialista pero mínimamente centralizador que permitiera la lucha entre clases iba muy en contra de las ideas de otros escritores contemporáneos. Francesco Guicciardini, un abogado que dedicó mucho tiempo de su carrera a crear para el Papado un estado territorial moderno e «impersonal» (79), atravesó dificultades, en sus *Consideraciones sobre los Discursos de Maquiavelo sobre la Primera Década de Tito Livio*, a la hora de mostrar hasta qué punto las ideas de Maquiavelo estaban fuera de «contexto» en la Italia de comienzos del siglo XVI. Así, Guicciardini argumentó que los gobiernos de Florencia y Venecia no fueron debilitados, antes bien, resultaron fortalecidos por haber extendido sus jurisdicciones y «domesticado» a sus vecinos (80). Para Maquiavelo, como hemos dicho, el sometimiento inmediato de potencias vecinas suponía la construcción innecesaria y temprana de límites para la expansión de una república.

(75) «Coloro che dannano i tumulti intra i Nobili e la Plebe, mi pare che biasimino quelle cose che furono prima causa del tenere libera Roma» (*Discorsi*, I.4, p. 82).

(76) Cfr., por ejemplo, la crítica a las deliberaciones largas en las repúblicas en *Discorsi*, II.15, pp. 164-166.

(77) Ver RUBINSTEIN, «Florentina Libertas».

(78) «Dico come ogni città debbe avere i suoi modi con i quali il popolo possa sfogare l'ambizione sua, e massime quelle città che nelle cose importanti si vogliono valere del popolo» (*Discorsi*, I.4, p. 83).

(79) Como gobernador papal, Guicciardini fue famoso por su defensa de los territorios de la Iglesia frente a ataques armados, aún en períodos de Sede Vacante.

(80) GUICCIARDINI, *Considerazioni*, II.19, en *Opere*, ed. Lugnani Scarano, I, p. 668. Ver también OSVALDO CAVALLAR, *Francesco Guicciardini giurista* (Milan, 1991).

Preguntas de jurisdicción legal, de gran importancia para Guicciardini, eran de mínima importancia para Maquiavelo. En varios puntos de sus escritos, éste yuxtapuso el término «imperio», su equivalente de soberanía territorial, a «fuerza», que podría ser traducido mejor como «fuerza». De acuerdo con Maquiavelo, la expansión del *imperio* de una república tenía el efecto de debilitar su *forza*. Para que una república logre grandeza, es necesario que encuentre los medios para incrementar su *forza* a través de una forma de imperialismo más sutil y, por tanto, más poderosa que la simple extensión de su jurisdicción. Si, como Maquiavelo afirmó en *El Príncipe* y en los *Discursos*, los hombres son codiciosos y ambiciosos por naturaleza, entonces las políticas de *ragione* deberán invariablemente conducir a las políticas de *necessità*: y *necessità* quiere que un estado o se expanda, o sea conquistado. Pero el modo preferido de expansión no es el simple sometimiento de estados vencidos. Ése es el camino hacia el *imperio* —hacia una jurisdicción incrementada— pero no hacia la *forza* (81). Si el *imperio* resulta característico del estado territorial moderno, la *forza*, cualidad que hizo grandes a los romanos, reside en la creación de compañeros (no súbditos); en armar a los ciudadanos y en encontrar formas para canalizar la energía de los conflictos de clase entre los pocos ambiciosos y el *popolo* hacia la expansión exterior.

Para concluir: desde el punto de vista de Maquiavelo, que una república convierta a sus vecinos en súbditos y se instituya como estado territorial limitado supone un error. Lejos de ser un profeta del estado territorial unitario, nuestro examen de las ideas maquiavelianas acerca del imperio, el tratamiento de los territorios súbditos y el problema de la discordia cívica nos descubre a Maquiavelo como lo que él mismo reclama ser en las primeras páginas de los *Discursos*: un escritor que buscó en la historia de la expansión de Roma un camino nuevo, «no transitado» (82), para solucionar e ir más allá de los problemas propios de lo que hoy llamamos su «contexto» histórico.

(81) *Discorsi*, II.19, p. 175. Cfr. ERCOLE, *La politica del Machiavelli*, pp. 114-116, quien escribió que había dos tipos de *imperio* en Maquiavelo, uno apoyado por la suficiente *forza* («la... forza effettiva di attuarsi e di farsi rispettare») y el otro no. Ercole enfatizó en exceso, sin embargo, el aspecto jurisdiccional del primer tipo de *imperio*. Sobre el *imperio* en el contexto florentino, ver ALISON BROWN, «The Language of Empire», próximamente en William J. Connell y Andrea Zorzi, eds., *Florentine Tuscany: Structures and Practices of Power*.

(82) «Ho deliberato entrare per una via, la quale, non essendo ancora trita...» (*Discorsi*, I, proemio, p. 76). Acerca del pasaje, ver NAJEMY, *Between Friends*, pp. 337-338, esp. n. 10.